

Antropoceno

Manuel Arias Maldonado

Profesor de Ciencia Política,
Universidad de Málaga

DE ENTRE TODOS LOS PARADIGMAS EMERGENTES EN LAS CIENCIAS humanas, entendidas en un sentido amplio, pocos se concretan en afirmaciones tan colosales como las que realiza el Antropoceno: hemos abandonado el Holoceno para vivir en la Era Humana, que es el tiempo del *anthropos* convertido en fuerza medioambiental global. De manera que ya no existe la naturaleza tal como la conocíamos, sino un entramado socionatural donde es imposible establecer fronteras precisas entre el ser humano y el mundo no humano. O sea: la historia ha reducido la naturaleza a la condición de medio ambiente por medio del acoplamiento de sociedades humanas y sistemas naturales a nivel planetario. No es cualquier cosa y de ahí que su importancia haya sido destacada por pensadores de distinta índole. Para Bruno Latour, nos encontramos ante el concepto filosófico, religioso, antropológico y político más decisivo de nuestro tiempo; Peter Sloterdijk lo ha saludado como una nueva *minima moralia* que nos obliga a pensar en la cohabitación de los ciudadanos de la Tierra con las formas y los procesos no humanos; otros van más lejos y apunta hacia una nueva condición humana, derivada del reciente régimen geológico: el Antropoceno sería un umbral pasado el cual no podemos pensar ni vivir del mismo modo.

Ocurre que el Antropoceno no es una mera novedad conceptual, sino que él mismo sugiere que vivimos bajo nuevas condiciones materiales que son independientes de las valoraciones que de la misma puedan hacerse. La noción posmoderna de que la realidad es una construcción discursiva topa aquí con un desmentido que puede interpretarse como el retorno de lo reprimido: el cambio climático, la acidificación oceánica, la disminución de la biodiversidad o la abrumadora cantidad de kilómetros asfaltados sobre la superficie del planeta son el efecto de una prolongada actividad social de fuerte carga biofísica. O sea: el ser humano es aquí contemplado como miembro de una especie biológica que transforma su entorno. Y si bien eso no le diferencia de otras especies que —desde las hormigas a las nutrias— hacen lo propio, la humanidad se distingue mediante la excepcional potencia de sus cualidades transformadoras. Dotada de un lenguaje complejo que permite el almacenamiento y la transmisión de cultura e información, así como de una cualidad ultrasocial que facilita la innovación, la especie humana despliega un peculiar modo de ser que multiplica su fuerza disruptiva. De creer a aquellos geólogos que promueven el reconocimiento del Antropoceno como una nueva

«De manera que ya no existe la naturaleza tal como la conocíamos, sino un entramado sacionatural donde es imposible establecer fronteras precisas entre el ser humano y el mundo no humano. O sea: la historia ha reducido la naturaleza a la condición de medio ambiente por medio del acoplamiento de sociedades humanas y sistemas naturales a nivel planetario.»

era geológica, persuadidos como están de haber identificado sus huellas en el registro fósil, la humanidad sería incluso una fuerza telúrica.

Sin embargo, no es estrictamente necesario que la geología —por medio de sus organismos oficiales de validación estratigráfica— otorgue reconocimiento oficial al Antropoceno. La otra disciplina implicada en la descripción de este último, la ciencia del sistema terrestre, presenta suficientes evidencias acerca de la disrupción antropogénica de los sistemas naturales. Los datos son contundentes: alteración del clima, reducción de la biodiversidad, alteraciones biogeoquímicas, surgimiento de ecosistemas antropogénicos, aumento de los residuos humanos, acidificación oceánica. La suma de estas alteraciones estaría desplazando el planeta hacia un nuevo tipo de equilibrio. En otras palabras: «La Tierra opera actualmente en una modalidad para la que no tenemos analogía». Tal como ha señalado Clive Hamilton, ahí residiría la verdadera «ruptura» del Antropoceno; no hablamos ya de ecosistemas locales o regionales, sino de sistemas planetarios que ven modificado su funcionamiento a consecuencia de la acción humana. Si se diese oficialidad al paso del Holoceno al Antropoceno, estaríamos sin duda ante una decisión con fuerza simbólica; si los expertos en estratigrafía decidiesen que el tiempo geológico exige paciencia, sin embargo, no por ello desaparecerían las manifestaciones del Antropoceno. Estaríamos entonces, cuando menos, ante un periodo *histórico* cuyo rasgo definitorio sería el cambio cualitativo en las relaciones sacionaturales.

Salta a la vista que el Antropoceno posee, a diferencia de otros conceptos emergentes en las ciencias sociales y las humanidades, una fuerte base empírica. Se trata principalmente de observaciones y teorías provenientes de las ciencias naturales, aunque no puede tampoco desdeñarse el papel que la ciencia social empírica desempeña en este proceso epistémico. Pero el papel de las ciencias naturales en la formulación del concepto de Antropoceno debe ser evaluado cuidadosamente. Y no falta quien sugiere que sería conveniente aguardar a su consolidación, a fin de evitar las controversias generadas en su momento por la hipótesis del cambio climático.

No olvidemos que el origen del término es enteramente casual: en febrero del año 2000, durante un congreso internacional celebrado

«Ocurre que el Antropoceno no es una mera novedad conceptual, sino que él mismo sugiere que vivimos bajo nuevas condiciones materiales que son independientes de las valoraciones que de la misma puedan hacerse. La noción posmoderna de que la realidad es una construcción discursiva topa aquí con un desmentido que puede interpretarse como el retorno de lo reprimido.»



en Cuernavaca, un puñado de científicos discutían acerca del impacto humano sobre el planeta cuando el químico Paul Crutzen se levantó y afirmó que a la vista de su magnitud no podemos afirmar que sigamos viviendo en el Holoceno, sino que hemos entrado... «¡en el Antropoceno!». Que improvisase el término no convierte su tesis en una invención, ya que las ciencias del sistema terrestre habían comenzado a desarrollarse en los años 70, una vez que desde que James Lovelock y Lynn Margulis hubieron formulado la célebre «hipótesis Gaia». Ahora bien: una cosa es que la ciencia del sistema terrestre, con o sin constatación geológica, describa la disrupción humana de los sistemas naturales planetarios y otra distinta es que a eso hayamos de llamarlo «Antropoceno»; y no digamos enjuiciarlo moralmente o abordarlo políticamente. Hablar del Antropoceno es así realizar una interpretación particular de las observaciones empíricas e inferencias causales provenientes de la actividad científica. De ahí, también, que no corresponda a la ciencia ofrecer «soluciones» a los problemas del Antropoceno, incluido el cambio climático, si bien sus descripciones y previsiones habrán forzosamente de informar las decisiones colectivas. En fin de cuentas, estamos ante un concepto que no existiría sin el debido respaldo científico.

19

Otra disciplina que ha tenido relevancia en el desarrollo del concepto es la historia medioambiental, que se ocupa de la evolución diacrónica de las relaciones sionaturales y trata de elucidar el modo en que las sociedades humanas y sus entornos biofísicos se han influido recíprocamente a lo largo del tiempo. Habida cuenta de su objeto, era previsible que aquellos historiadores medioambientales más interesados en la capacidad transformadora del ser humano dieran su visto bueno a un marco teórico cuyo punto de partida es, justamente, la inevitable disrupción ambiental causada por el ser humano. Es la colaboración entre historiadores medioambientales y científicos naturales la que ha alumbrado las primeras cronologías del Antropoceno, caracterizadas por la alternancia de periodos de cambio gradual y saltos repentinos. Así, la influencia de las sociedades preindustriales sobre sus entornos palidece al lado del impacto causado por la industrialización, prolegómeno sin embargo del formidable salto cualitativo que se produce durante la llamada Gran Aceleración, que arranca hacia 1945 y continúa todavía. Baste pensar que durante este último periodo la población se dobla en apenas 50 años y el número de vehículos de motor pasa de 40 a 700 millones. Para algunos autores, el anuncio de que el Antropoceno ha comenzado

trae además consigo —o implica— un momento reflexivo en la historia de la humanidad, consciente ahora de su imbricación planetaria con el medio ambiente y de las responsabilidades asociadas a ella.

Se hace así evidente que el Antropoceno constituye una hipótesis científica con una fuerte carga moral: el reconocimiento de que los seres humanos han transformado de forma masiva la naturaleza sugiere que ahora tienen una responsabilidad hacia el planeta: como hogar de la especie humana, como hábitat para otras especies, como entidad significativa en sí misma. El debate sobre el Antropoceno acarrea por tanto importantes consecuencias políticas, pues la decisión acerca de cómo proceder es una decisión colectiva que ha de ser políticamente debatida, adoptada y aplicada. El Antropoceno es así un concepto normativo sobre cuya relevancia sociopolítica no puede dudarse: los hechos transmitidos por la comunidad científica son reinterpretados y reelaborados por otras comunidades epistémicas, que debaten sobre su significado, al tiempo que crean herramientas conceptuales que facilitan su recepción general. Las implicaciones sociopolíticas de la transición no son, por lo demás, desdeñables:



20

«Terminado el Holoceno, si queremos preservar los derechos y placeres civilizados de los que hemos disfrutado durante el mismo, no digamos extenderlos generosamente a más personas, será necesario adaptarlos a unas condiciones ecológicas radicalmente alteradas. He aquí el problema político del Antropoceno».

Puede así comprobarse que el Antropoceno produce un efecto singular. Por una parte, *centra* a la especie humana al convertirla en protagonista de los cambios operados en los sistemas planetarios, reconociendo la magnitud de sus poderes transformadores, en positivo y en negativo. Por otro, sin embargo, nos *descentra* al recordarnos su pequeñez en el contexto de la historia planetaria que la discusión geológica pone de nuevo sobre la mesa. Recuérdese que en el calendario cósmico popularizado por Carl Sagan, que comprimía la historia planetaria en un solo «año» humano, nuestra especie solo hacía acto de aparición a las 23:48 horas del 31 de

«Otra disciplina que ha tenido relevancia en el desarrollo del concepto es la historia medioambiental, que se ocupa de la evolución diacrónica de las relaciones sionaturales y trata de elucidar el modo en que las sociedades humanas y sus entornos biofísicos se han influido recíprocamente a lo largo del tiempo.»

diciembre... Y cualquier vistazo a los acontecimientos planetarios anteriores dan cuenta de una Tierra llena de episodios convulsos y violentos: movimientos de placas tectónicas, erupciones volcánicas, glaciaciones, extinciones masivas, impactos de meteoritos. Esta perspectiva de «tiempo profundo» constituye un recordatorio de la peligrosidad potencial del planeta y una advertencia sobre la consiguiente necesidad de que no se hagan realidad las peores posibilidades latentes en la transición del Holoceno al Antropoceno. Tal como ha señalado el historiador postcolonial Dipesh Chakrabarty, en el Antropoceno convergen tres temporalidades muy distintas: la geológica, la humana y la industrial. Ahí radica la ambigüedad radical del Antropoceno: mientras su faceta ecológica sugiere la posibilidad de que el ser humano llegue a controlar las relaciones sionaturales, su dimensión geológica apuntaría en sentido contrario.

En este contexto, las ciencias sociales y las humanidades están llamadas a explorar la hipótesis del Antropoceno desde sus respectivos marcos epistémicos, abriendo una conversación nueva acerca de sus significados e implicaciones normativas. Esa conversación tiene lugar *dentro* de las distintas disciplinas, pero también *entre* disciplinas. Y en su transcurso se están explorando interrogantes que suponen una problematización —o un adensamiento normativo— de los hechos científicos.

21

Algunas de estas críticas apuntan hacia la cualidad antropocéntrica que podría predicarse del concepto: que el ser humano se reconozca una agencia capaz de modificar un planeta al que en términos geológicos acaba de llegar ha sido interpretado como un acceso de megalomanía que persigue compensar la cura de humildad representada por la hipótesis darwinista. Mark Sagoff ha propuesto por ello hablar del «Narcisoceno», recordándonos de paso nuestra insignificancia cósmica. Para algunos comentaristas, en cambio, el Antropoceno confirma las tesis sobre «el fin de la naturaleza» formuladas ya en la década de los 90 por los sociólogos de la modernidad reflexiva. Tal como señala Erle Ellis:

«Desde un punto de vista filosófico, la naturaleza es ahora naturaleza humana; no hay naturaleza salvaje en ninguna parte, solo ecosistemas en diferentes estados de interacción humana, que difieren entre sí en su grado de humanidad o naturalidad».

Es preciso comprender este argumento en sus justos términos, pues es evidente que las fuerzas causales de la naturaleza no han dejado de ejercer su influjo sobre el ser humano. No es que lo natural haya sido reemplazado por lo artificial, sino que ambos se han imbricado de manera irreversible: el signo de la relación socionatural contemporánea no es el antagonismo entre sociedad y naturaleza, sino su creciente hibridación. Repárese en que el cambio climático ya garantiza por sí mismo una afectación generalizada de origen antropogénico, pues ningún ecosistema puede evitar ser «tocado» por el incremento de la temperatura terrestre. Sin olvidar que la biotecnología está desplazando la línea que separa lo natural (lo que nace solo) de lo artificial (lo fabricado); desarrollo al que asistimos con cierta inquietud ontológica.

Pero, ¿quién es el *anthropos* del Antropoceno? Son muchas las voces críticas que lamentan la imputación de causalidad que contiene la referencia a la humanidad en su conjunto. Dado que no todos los grupos sociales han contribuido en la misma medida a *producir* el Antropoceno, se sugiere la necesidad de hablar en términos más sutiles, señalando a la élite europea que puso en marcha la industrialización o al norteamericano que hoy consume más recursos que el congoleño. De ahí, también, que se haya identificado al capitalismo —desarrollo contingente de la especie— como auténtica causa del Antropoceno, proponiéndose por ello la denominación alternativa de «Capitaloceno». Ocurre que la relación del capitalismo con el Antropoceno no es tan simplista, pues éste opera en un tiempo profundo que trasciende las aventuras humanas, ni podemos incurrir en una evaluación puramente negativa del periodo de transformación material iniciado con el Neolítico e intensificado con el industrialismo: más seres humanos viven más y mejor en todo el mundo. Si introducimos a los animales en la ecuación moral, en cambio, el diagnóstico sería menos halagüeño. Por lo demás, adoptar una perspectiva de especie tiene sentido desde el *punto de vista planetario* en la medida en que el impacto humano sobre los sistemas naturales no entiende de segmentaciones sociales: es la agregación de acciones individuales a lo largo del tiempo y el espacio lo que termina produciendo el Antropoceno. Y merece la pena preguntarse si lo que nos dice el Antropoceno no es, sencillamente, que la especie humana es por definición transformadora de sus entornos.

22

Desde el punto de vista político, el Antropoceno pone en cuestión la capacidad de las instituciones del Holoceno para gobernar la futura habitabilidad del planeta. Solo si el ser humano abre los ojos a su condición como *criatura terrenal* y desarrolla una *subjetividad planetaria* será posible dar forma a un «buen Antropoceno» que sea sostenible, democrático y justo. También cabe adoptar una perspectiva más pesimista y abogar por el desmantelamiento del sistema liberal-capitalista como camino para la adopción de una nueva forma de vida colectiva basada en el decrecimiento. ¿Qué camino tomaremos? No podemos conocer el futuro, pero la emergencia de un paradigma como el Antropoceno está lejos de ser un capricho de la razón: el planeta y sus sistemas naturales ya no son el escenario de la tragicomedia humana, sino uno de sus personajes principales. —

«Se hace así evidente que el Antropoceno constituye una hipótesis científica con una fuerte carga moral: el reconocimiento de que los seres humanos han transformado de forma masiva la naturaleza sugiere que ahora tienen una responsabilidad hacia el planeta: como hogar de la especie humana, como hábitat para otras especies, como entidad significativa en sí misma.»